



Muere Jonathan Brown, gran experto en Velázquez

El hispanista y comisario del Prado fallece a los 82 años

ÁNGELES GARCÍA, Madrid
Contaba apenas 20 años cuando Jonathan Brown (Springfield, Massachusetts, 1939) descubrió el paraíso. Lo encontró en el momento en que sus ojos se situaron frente a *Las meninas* de Velázquez en el Museo del Prado. Era 1958 y su vida nunca volvió a ser la misma. Aquel joven estudiante se convirtió en una autoridad mundial sobre el Siglo de Oro español y, en especial, de Velázquez, a quien calificó de genio absoluto e insuperable. Sir Jonathan Brown murió ayer a los 82

años, según confirmó el Museo del Prado en un mensaje de Twitter en que lamentaba profundamente la pérdida del investigador y recordaba la estrecha relación que mantuvo con esta institución a lo largo de su vida. Fue profesor del Institute of Fine Arts de la Universidad de Nueva York y trabajó en numerosos museos de su país como asesor.

Como especialista en pintura española y arte hispanoamericano de los siglos XVI y XVII, así como en historia del coleccionismo, la obra de Brown es impres-

Consideraba un "paraíso" la principal sala del museo dedicada al pintor

Publicó libros básicos para entender la pintura barroca española

cindible para los investigadores y amantes del arte. La pinacoteca recuerda en su página oficial que el hispanista fue comisario de diversas exposiciones en el Prado, como la dedicada en 1999 a Velázquez, Rubens y Van Dyck, en conmemoración del cuarto centenario del nacimiento del pintor español, o la titulada *La almoneda del siglo*, organizada junto a John Elliott en 2002. También publicó obras básicas para el entendimiento de la pintura barroca española, entre las que el museo destaca *Imágenes e ideas en la pintura española del siglo XVII* (1981), *Velázquez, pintor y cortesano* (1986), *Un palacio para el rey: el Buen Retiro y la corte de Felipe IV* (1981, reeditada en 2003, en colaboración con John Elliott), *La edad de oro de la pintura en España* (1990) y *El triunfo de la pintura. Sobre el coleccionismo cortesano en el siglo XVII* (1995). En 1993, 1998 y 2002

participó en los ciclos anuales de conferencias organizados por la Fundación Amigos del Museo del Prado.

En enero de 2012, cuando preparaba su tercera cátedra para el Prado, concedió una entrevista a este periódico para la que él mismo escogió cuidadosamente el escenario. El lugar para la conversación fue lo que él llamaba "el paraíso", la sala XII del Museo del Prado, el espacio central de la obra de Velázquez, dedicada a su producción como retratista de la familia de Felipe IV.

Los niños sublimes

Nada en el mundo podía superar a *Las meninas* flanqueadas por los retratos del cardenal-infante Fernando de Austria y el príncipe Baltasar Carlos cazador. Cuando se le pidió que eligiera su obra favorita para las fotografías, optó por el retrato del príncipe Baltasar Carlos a caballo. "Los niños de Velázquez son sublimes", comentó entonces el hispanista.

El hispanista estadounidense era miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la Academia Americana de las Artes y de la de San Carlos de Valencia. En su trayectoria obtuvo galardones como la Medalla de oro de las Bellas Artes, en 1986; la Gran cruz de Alfonso X el Sabio, en 1996, y el Premio Elio Antonio Nebrija de la Universidad de Salamanca, en 1997.

Desde aquella primera visita de estudiante, Brown volvió decenas de veces al museo y pasó centenares de horas frente a sus obras maestras. "Es la mejor pinacoteca de arte antiguo del mundo", aseguraba sin el menor atisbo de duda. Y allí se encontraba con Velázquez, su auténtico dios y por el que sintió un amor a primera vista. "Con Velázquez nunca te vas sintiendo que lo has descubierto todo. Su misterio es infinito. Sabes que siempre verás algo más. Es, como decía Manet, el pintor de los pintores, porque siempre tiene algo más que mostrarte".



El hispanista Jonathan Brown, en la sala Velázquez del Prado, en 2011. / LUIS SEVILLANO

ESTRELLA DE DIEGO

El profesor ante 'Las meninas'

La primera vez que tuve ocasión de conocer al profesor Jonathan Brown fue hace más de treinta años en Nueva York, siendo yo becaria Fulbright. Un amigo común me había encomendado la traducción de un texto del especialista en Velázquez que iba a ser publicado en España. Quería dejarlo en manos de alguien que le garantizara un resultado a la altura, un historiador del arte.

No era tarea fácil. De una prosa impecable —para mí Jonathan Brown es sobre todo un escritor—, redactada en un inglés digno de poetas como T. S. Eliot, construida sobre frases cortas y puntuación medida, me sonaba a menudo a poco en castellano. El texto era corto, pero exigía trabajo. Y estaba desde luego dispuesta a hacerlo. El autor también. Recuerdo que pasamos muchas sesiones en su despacho del Institute of Fine Arts de la Universidad de Nueva York discutiendo el complejo trasvase de la puntuación, muy diferente al castellano en los mejores textos en inglés. Los dos éramos exigentes y solo lo dimos por concluido cuando los dos estuvimos

conformes frente al resultado. Para mí fue la maravillosa serendipia de encontrar al que sería mi mentor primero y mi amigo después, pues no tardé en trasladarme para investigar bajo su tutela.

Mi tema estaba relacionado con el arte actual, pero los comentarios del Prof. Brown eran sagaces y acertados, de alguien que se mueve con comodidad en el periodo. No sabía entonces que Jonathan Brown había crecido rodeado por las obras adquiridas por su madre, una coleccionista pionera de Dada y Fluxus. A través de ella había conocido a Rauschenberg, Barnett Newman, Claes Oldenburg, Ad Reinhardt o Maciunas, a cuyo estudio había acompañado a la madre en su primera visita.

En aquel momento achacaba su "modernidad" a la pasión de Brown por *Las meninas*, la obra más contemporánea de la historia de la pintura, sobre la cual no dejó de hacerse preguntas, algunas inesperadas hasta que el Prof. Brown las planteó con el rigor y la brillantez que caracterizan sus textos. Pese a todo, sus intereses por el arte español fueron mucho más allá.

Tenía una prosa impecable —para mí es sobre todo un escritor—, un inglés digno de poetas como T. S. Eliot

Por este motivo, algunos de sus discípulos —en un trabajo intergeneracional, además— editamos el que ha resultado ser, fatalmente, el último libro de Jonathan Brown, aparecido en la Editorial Cátedra en 2020: *No solo Velázquez*, una colección de artículos que abarcan desde coleccionismo y mecenazgo —sus pasiones recurrentes— hasta el dibujo o el siglo XX. El Prof. Brown no dejó de trabajar en el volumen y estuvo pendiente de la selección, de la marcha del libro: otra maravillosa oportunidad de recordar su espíritu crítico y su exigencia, en especial consigo mismo.

El destino quiso que pudiera ver el libro publicado y pudiera asistir a una presentación organizada por Zoom en el cen-

tro KJC de la Universidad de Nueva York, al cual estuvo Brown muy ligado desde sus inicios, gracias a su directora, Jordana Mendelson, otra exalumna del Institute of Fine Arts de la Universidad de Nueva York. En la presentación estuvieron representados los dos lados de ese océano suyo que para Brown unía, nunca separaba. Y de nuevo el cruce de generaciones de discípulos y amigos que, pese a la distancia, nos sentimos muy cerca a través de la presencia callada del profesor Brown. No faltó Miguel Falomir, director del Prado, que durante el rato que duraron las palabras, evocó a ese Prado, invisible también, el museo que tanto amó Jonathan Brown.

Ahora se hace presente, mientras le recordamos, y le veo sonriente y distinguido en esa foto de hace tiempo al lado de *Las meninas* que fue, tal vez, su lugar favorito del mundo. Aparece en el recuerdo junto a su esposa, Sandra Brown, una excepcional profesional que al tiempo supo ser una presencia luminosa para todos nosotros, la comunidad de discípulos que han ido conformando unas amistades que duran más de treinta años también y para los cuales el Prof. Brown es el vínculo indeleble, el que enseña cómo hay que aprender a cuidar de esa comunidad que se va dando el testigo entre generaciones. He aquí otro de los grandes regalos que nos deja como herencia su enseñanza.